

Madero vivo

Enrique Krauze

La noche del 22 de febrero de 1913, hace exactamente ochenta años, en una oscura calle a espaldas de la antigua cárcel de Lecumberri, ocurrió el sacrificio de dos hombres tan excepcionales en nuestra historia como el ideal democrático que representaron: Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Aunque los gobiernos de la Revolución han recordado siempre aquellos aciagos días que dieron fin a la "Decena Trágica" y comienzo a la revolución constitucionalista encabezada por Venustiano Carranza, lo cierto es que el sentido histórico de aquellas muertes permanece oculto. La crueldad del episodio, la premeditación con la que fue fraguado, el hecho de que la víctima principal haya sido un hombre cuya bondad lindara con la santidad, han dejado, es verdad, un sedimento inalterable de indignación. Esta condena perpetua a los hombres que asesinaron a Madero es prueba de nobleza de los instintos morales del pueblo mexicano. Si Victoriano Huerta y su red de secuaces pensaron que la historia los absolvería se equivocaron. Sus nombres han seguido y seguirán ligados a la más baja actitud en el espectro cristiano de la existencia: la traición.

Pero aquella traición absoluta a un hombre absolutamente incapaz de la traición como era Madero ha opacado otra traición no menos dramática que culminó aquella noche: la que se ejerció contra los valores de legalidad y libertad que habían sido la bandera de la Revolución, los mismos por los que un vasto sector de la nación había votado en septiembre de 1911, aquellos que representaba el hombre a quien en vida se conoció como el "Apóstol de la Democracia".

En la frágil memoria colectiva, Madero es una figura tan simpática como simple: por un lado, es una especie de David mexicano que a pesar de su corta estatura (física, política, histórica) derrotó al viejo y legendario Goliat Díaz; por el otro, es el apóstol sacrificado tras la "Decena Trágica". Aunque justa en lo que atañe al martirio, esta imagen es cuando menos inexacta con respecto al inteligente líder de la lucha democrática que fue Madero entre 1903 y 1911. La mayor paradoja es que enalteciendo a Madero como libertador y como mártir, la versión generalizada de los hechos ha condenado el período menos valorado, menos comprendido de Madero: los quince meses de su presidencia: del 6 de noviembre de 1911 al 19 de febrero de 1913. Al hacerlo, se ha identificado con la versión que sus propios enemigos propalaban en su tiempo para pedir su renuncia y justificar el golpe de estado. Según ellos, Madero había sido, en el mejor de los casos, un pésimo político, un "idealista" perdido en tierra de "realistas", un iluso aprendiz de brujo incapaz de conjurar las fuerzas que él mismo había desatado. El rumor de que su segundo nombre, oculto tras la misteriosa "I", era "Inocencio" corrió de boca en boca hasta pasar por verdad histórica. La

intención política de estas imágenes era clara, y en ella coincidirían no sólo los golpistas sino muchos revolucionarios postmaderistas de diversas filiaciones, carrancistas, callistas o cardenistas: sólo en un alma inocente como la de Madero cabía la ocurrencia de que México podía ser un país democrático.

Es verdad: Madero creyó firmemente, hasta pagar con su vida por esa creencia, que México podía ser un país democrático. Pero esa creencia no tenía nada de inocente. Pensar que la democracia en México es un proyecto quijotesco, viable quizá para el año 2347, es tan falso como sostener que el segundo nombre de Madero era Inocencio. Tan cierto es que la "I" era de Ignacio, como que México podía, desde entonces, comenzar a construir un orden democrático. La mayoría de los ciudadanos que vitorearon a Madero en sus giras así lo creía. Por desgracia, una vociferante minoría pensaba de modo distinto. Para ellos México era un país con "un tigre" en las entrañas, una colectividad naturalmente anárquica, incapaz de convivir en la legalidad y la libertad, un rebaño encrespado en permanente necesidad de un Tlatoani-Virrey-Caudillo-Cacique-Señor Presidente que guíe su destino hasta que crezca, hasta que madure, hasta nunca.

Por quince meses, en medio de un río revuelto de ambiciones políticas, pasiones vengativas y confusiones intelectuales, sin variar un ápice la pureza de su credo, Madero se propuso ensayar un camino distinto: el cumplimiento cabal de la Constitución. El 20 de noviembre de 1912, en el segundo aniversario de la Revolución, lo expresó con la sencillez que le era propia:

no me preocupo por la consolidación del gobierno que tengo la honra de presidir...yo me preocupo del prestigio de las instituciones democráticas, me preocupo de afirmar para siempre, de un modo sólido, en nuestra República, los gobiernos democráticos, a fin de que terminado este período el pueblo se convenza de los beneficios que le trae un gobierno libre.

Se trataba de revertir una a una las prácticas políticas de Porfirio Díaz. Donde había represión dar libertad, donde había subordinación dar independencia, donde imperaba el poder absoluto de un individuo devolver el poder a la suma social de los individuos, donde prevalecían las vías de hecho abrir las del derecho; donde había disimulo, componenda, turbiedad, ofrecer franqueza, transparencia, claridad.

La Constitución liberal de 1857, reformada por Lerdo de Tejada en 1874, otorgaba a los ciudadanos, además de las garantías individuales y el voto directo, las más plenas libertades cívicas: de asociación, imprenta, tránsito y, sobre todo, de conciencia. El régimen porfiriano (1876-1911) había coartado de una forma u otra aquellos preceptos. Madero, en cambio, los reinstauró de inmediato. Sus primeros decretos

tuvieron un particular valor simbólico. Al disponer el regreso de los indios yaquis deportados por Díaz a Yucatán y la cancelación de las concesiones oficiales a las haciendas que enganchaban prisioneros en el Valle Nacional, Madero revertía dos de los capítulos más ominosos de opresión porfirista y testimoniaba la nueva libertad de movimiento y residencia que se disfrutaba en la República. Otro parteaguas de la vida mexicana fue la fundación de la Casa del Obrero Mundial por el anarcosindicalista español Francisco Moncaleano. Madero admitió por primera vez la libre asociación colectiva de obreros en sindicatos. Las huelgas que se suscitaron durante su período, la formación del Partido Obrero Socialista, los mítines a que convocaba la Casa del Obrero Mundial en la Alameda y la primera celebración pública en México del 1º de mayo probaban la decisión oficial de liberar al obrero para que por las vías de la legalidad defendiera sus intereses.

Para Madero, el registro legal del Partido Católico era "el primer fruto de las libertades que hemos conquistado". Fruto doble, porque no sólo afianzaba la libertad política sino justamente aquella libertad que la tradición conservadora había combatido durante el siglo XIX: la de creencia. En este aspecto, Madero iba más allá del liberalismo de la Reforma. No sólo admitía que la derrota de los conservadores en 1867 no había acabado ni podía acabar con el conservadurismo mexicano sino que celebraba esa supervivencia. Ahora que el programa católico tenía "ideas avanzadas y el deseo de colaborar para el progreso de la Patria de un modo serio y dentro de la Constitución", su presencia en el Parlamento enriquecería la vida pública del país. Sólo así, en el diálogo abierto entre liberales y conservadores y otras corrientes políticas (radicales, socialistas, evolucionistas), las antiguas tensiones religiosas, políticas del alma mexicana podían canalizarse de manera creativa y racional. La violencia que por motivos religiosos asolaría los campos del país durante la guerra civil y hasta los años treinta, le daría la razón.

El respeto a las libertades de asociación, huelga, manifestación y tránsito no acarrecaba en sí mismo un costo mayor a la persona de Madero. En cambio, el respeto a la libertad de expresión en los teatros, las veladas públicas, los mítines y, sobre todo, los periódicos y revistas, sí representó un sacrificio doloroso. A todo lo largo de su breve gestión, Madero toleró —en el mejor sentido de esta palabra, es decir, viendo en la diversidad de opiniones, incluso las más opuestas, una señal de salud pública— las campañas más insidiosas de la prensa contra su régimen, y soportó —en el sentido estoico del término— los ataques contra su persona y su familia. Un sólo ejemplo ilustra la actitud de la prensa en aquel momento. *Multicolor*, una revista que editaban dos periodistas españoles, publicaba semana tras semana crueles caricaturas de Madero. Se le representaba como un enano de opereta, un bebe de bombín y frac, un niño calvo y barbón de ojos somnolientos, colocado en posiciones invariablemente ridículas, diciendo frases invariablemente estúpidas. A principios de 1912, el Consejo de Ministros decretó la aplicación del Artículo 33 contra aquellos editores. Ante el Presidente, la Asociación de Periodistas intercedió por ellos. Madero se quejó del modo en que afectaban el principio de autoridad, pero su verdadero agravio era el grado de distorsión informativa en la prensa: ante la rebelión de Orozco, dominada pronto por las fuerzas federales, los diarios habían anunciado repetidamente,

como si en el fondo lo anhelaran, el fin del régimen. En aquella reunión los conminó una vez más —lo había hecho ya varias veces— a actuar con responsabilidad y veracidad. No era por debilidad que se había rehusado a aplicar el Código Penal vigente contra los diarios que "enlodaban la vida privada". No acudía a medidas de fuerza porque emplearlas "demostraría que aún no estamos aptos para la democracia". Para sorpresa de algunos colaboradores, Madero revocó aquel acuerdo de expulsión. Como pago a su magnanimidad, al día siguiente, aquellos leones de la libertad de prensa —mansos corderos engordados por el régimen de Díaz— reincidieron en enlodar con sus pasquines la mente de sus lectores. Gustavo, el influyente hermano de Madero, describió con una frase memorable la lamentable actitud de aquella prensa libre que no sabía cómo usar su libertad: "muermen la mano que les quitó el bozal".

El 16 de septiembre de 1912, en el que sería su segundo y último informe de gobierno, Madero instauró los trabajos de la XXVI Legislatura. Su régimen había remontado con éxito la asonada de Bernardo Reyes y la rebelión, mucho más seria, de Pascual Orozco. Emiliano Zapata seguía haciendo su revolución en Morelos, pero para hacerle frente Madero confiaba en dos armas más poderosas que los cañones: la comprensión y la justicia. La persuasión pacífica del nuevo comandante de la zona, el general Felipe Ángeles, y los acelerados estudios de la Comisión Agraria Ejecutiva sobre la restitución de tierras en ese estado, tarde o temprano convencerían al tenaz guerrillero —a quien Madero había llamado alguna vez "integerrimo general"— de trocar las armas por los arados. En las circunstancias de inestabilidad por las que atravesaba el país, un gobierno como el de Díaz habría decretado un estado de excepción propicio a todo género de imposiciones políticas, una vuelta al "pan o palo", pero el mayor orgullo de Madero residía en haber honrado "dentro de condiciones difíciles" la promesa fundamental del Plan de San Luis: la libertad electoral, el sufragio efectivo. Las elecciones federales para la renovación total de la Cámara de Diputados y parcial de la Cámara de Senadores y de la Suprema Corte de la Nación eran, en palabras de Madero, "un gran acontecimiento histórico":

por vez primera, después de muchos años, entraron en juego partidos políticos más o menos bien organizados y candidatos de diversas aspiraciones que se disputaron en una lucha electoral los sufragios de sus conciudadanos.

A diferencia de Díaz, Gran Elector que decidía por los electores hasta en los más remotos distritos del país, Madero se sentía "altamente satisfecho" de haber respetado "la libre emisión del voto no intervinendo sino para restablecer el orden alterado... o cuidar el exacto cumplimiento de la ley". En tiempos de Díaz, no había más partido legalmente registrado que el Reelectionista, ni más asociación política que la del Club de Amigos de Porfirio Díaz. En tiempos de Madero la profusión de partidos políticos era genuina: Partido Constitucional Progresista, Partido Católico, Partido Liberal Evolucionista, Partido Popular Obrero, Partido Antirreelectionista, etc... Ni siquiera en la era de Juárez y Lerdo se había alcanzado un arreglo democrático semejante: entonces la competencia se daba entre candidatos del partido único, el partido

liberal. Por lo demás, en su última reelección el propio Juárez había incurrido en manejos electorales no del todo ortodoxos. Madero depuró ambas imperfecciones: aseguró el sufragio libre y efectivo y propició el sistema múltiple de partidos. Otra diferencia notable con respecto al sistema porfiriano fue el efectivo federalismo de la era maderista. Los gobernadores porfiristas eran caciques que se eternizaban, Porfirios en miniatura al servicio de Don Porfirio. Los gobernadores maderistas, en proporción importante, llegaron al poder a través de elecciones genuinas, y muchos —entre ellos el propio Venustiano Carranza— no simpatizaban particularmente con don Francisco. Para Díaz la soberanía de los estados era un mito, para Madero un dogma.

Sólo en aquel breve y luminoso período de nuestra historia llamado "la República Restaurada" (1867-1876), México había ensayado —en la sustancia, no en las formas— la vida republicana, cuyo primer artículo de fe es la división e independencia de poderes. El respeto maderista al Poder Judicial no consistía sólo en abstenerse de intervenir en la elección de magistrados o en las decisiones de los jueces, sino en atender los más mínimos detalles como la construcción de Tribunales y Juzgados de "aspecto decente y decoroso" que correspondiera a "la alta misión para que están constituidos". Los archivos de Madero abundan en solicitudes de intercesión extralegal, aún de amigos muy cercanos, que Madero rechazaba de manera tan invariable como cortés. Cuando el doctor Rafael Cepeda, gobernador de San Luis Potosí, le pidió la remoción de un juez de distrito que obstruía el reclutamiento de jóvenes para el ejército, Madero le respondió:

Me permito manifestarle que yo no deseo que obliguen a ninguno a entrar al Ejército contra su voluntad, y si en este sentido es en lo que el juez de distrito estorba, amparando a los que llevan a las filas contra su voluntad, no está justificada la remoción... Yo deseo que los jueces de distrito sean personas de carácter independiente; no queremos que sean hostiles a los gobernadores, especialmente cuando son tan excelentes y tan patriotas y prudentes como usted; pero tampoco deseo que sean incondicionales, pues entonces ya la justicia federal perdería toda su independencia.

Con el Poder Legislativo su actitud fue igualmente diáfana. Madero creía a grado tal en la vida parlamentaria (hay indicios de que imaginaba un régimen parlamentario para México), que la evidente polarización de la Cámara de Diputados, entre las tendencias "renovadoras revolucionarias" y "conservadoras científicas", le parecía casi una bendición porque introduciría una sana competencia y equilibrio de opiniones. En todo caso, la norma de su gobierno fue respetar a los legisladores, no servirlos ni servirse de ellos. Ni siquiera en el caso de los diputados del "Bloque Renovador", que eran su apoyo dentro del Congreso, se prestó Madero a ceder a presiones —a veces acertadas— para modificar su política o su gabinete, y menos aún, para maniobrar por debajo del agua con el objeto de ganar posiciones o comicios.

Este respeto a la voluntad de las mayorías representada en el Congreso provocó tensiones entre ambos poderes que a juicio de Madero eran naturales, pero que los propios legisladores, desacostumbrados al libre debate, vivían con creciente desconcierto. Tómese, por ejemplo, la cuestión agraria.

Unos pretendían resolverla de un plumazo, otros dudaban de que el problema de la tierra fuese prioritario. Madero, por su parte, había establecido la Comisión Nacional Agraria y avanzaba en la evaluación del problema para solucionarlo de modo paulatino y prudente, pero esa vía intermedia no satisfizo a nadie. El resultado fue una ola de histeria verbal. Sin fundamentos ni hombría, igual que la prensa, muchos diputados jugaron el fácil papel de Casandra.

Madero necesitaba tiempo. La Democracia, el Federalismo, la República necesitaban tiempo. Luego de la larga dictadura, y sin la centenaria experiencia occidental en las prácticas de la libertad política, el nuevo arreglo de vida constitucional necesitaba tiempo para canalizar legalmente la solución a los grandes problemas nacionales: los agravios en la posesión de la tierra, la desigualdad económica y social, el analfabetismo. Nadie era más consciente de esa injusta batalla contra el reloj que Madero. La dictadura había tenido 34 años para inocular en el cuerpo político del país múltiples enfermedades morales —miedo, disimulo, corrupción, envilecimiento—, pero al médico se le pedían curaciones milagrosas que surtiesen efecto en 34 semanas. Su gobierno, declaraba, hacía "todo lo posible por lograr el bienestar y grandeza" de la gran mayoría del pueblo que lo había llevado al poder:

pero esto no es obra de un día ni de un hombre... Únicamente podré durante el corto período de mi Administración sentar las bases del futuro engrandecimiento de México.

El pueblo que lo había elegido no desesperó. La prueba de aquel voto de confianza silencioso fue el fracaso de todas las rebeliones que estallaron en el período, incluida la de Félix Díaz en Veracruz, que provocó reacciones casi apocalípticas en la Cámara de Diputados y en la prensa, pero que Madero controló en un santiamén. Quienes desesperaron fueron los protagonistas de la clase política mexicana y extranjera. Por un lado, los diputados, senadores, periodistas, hacendados influyentes y un sector decisivo del ejército. Por otro, como ha demostrado Friedrich Katz en *La guerra secreta de México*, varios gobiernos y representantes extranjeros, en particular los de las dos mayores democracias de aquel tiempo: los Estados Unidos (a través de ese epitome de arrogancia y ceguera que fue Henry Lane Wilson) e Inglaterra.

Había intereses pero no había razones para la impaciencia. ¿Se había detenido el progreso? No, porque a pesar de los gastos extraordinarios para aplacar las rebeliones, la marcha económica del país era ascendente. ¿Se había afectado la inversión extranjera? No, porque el gobierno abría los brazos a las empresas del exterior —sobre todo a las norteamericanas— y porque la incipiente política de impuestos petroleros era más que razonable y equitativa. ¿Se había afectado o deshonrado de alguna forma al ejército? No, porque sus efectivos y presupuestos habían crecido, y porque Madero, que lo alababa con frecuencia, había decretado el servicio militar obligatorio. ¿Se había renunciado a la vocación educativa de la Revolución? No, porque el gobierno avanzaba tenazmente en un nuevo programa que incluía el establecimiento de escuelas rurales, comedores escolares, casas para estudiantes, escuelas nocturnas para obreros y educación especial para indígenas, sin olvidar el apoyo a la alta cultura y la educación universitaria. ¿Se había enajenado el apoyo a la naciente clase

obrero? No, porque además de la libertad sindical Madero había fundado el Departamento de Trabajo, que lo mismo conciliaba exitosamente la mayoría de las huelgas, que estudiaba las nuevas tendencias de legislación laboral o convocaba a la Primera Convención de la Industria Textil cuyos frutos en salarios y condiciones de trabajo fueron sustantivos. ¿Se ignoraba la importancia centenaria del problema de la tierra? No, porque como años después afirmaría el padre de la Reforma Agraria en México, Andrés Molina Enríquez:

El gobierno de Madero debería ser considerado como el más agrarista que hemos tenido...Duró un año, y si hubiera durado los cuatro de su período, la cuestión agraria probablemente hubiese sido resuelta. La gran masa de la nación siempre ha creído eso, y por ello lo lloró en la tumba de Madero.

¿Cómo explicar entonces el derrumbe de aquel ensayo de convivencia democrática? Los errores políticos de Madero no parecen definitivos. Es verdad que confundió torpemente su gabinete con un parlamento y lo integró con tendencias encontradas que no servían al equilibrio sino a la inmovilidad. Pero el pecado no era mortal: el régimen marchaba. Las razones, en definitiva, no hay que buscarlas en el desempeño político de Madero sino en el trágico encuentro de su actitud personal —su misticismo de la libertad— con la actitud colectiva de la élite política mexicana en ese momento: su reverencia al poder personal absoluto, su miedo a la libertad.

Los quince meses del presidente Madero han pasado a la historia como una tragicomedia de equivocaciones. Desde la perspectiva de fin de siglo, luego del fracaso de las falsas utopías que veían al Estado como una moderna advocación de la Providencia, aquella utopía maderista recobra su verdadero rostro: era modesta pero asequible, podía haberse consolidado con un poco de paciencia, y si cayó fue por la fuerza ciega de las armas. En el corto plazo, fue el laboratorio ideológico de las mejores causas sociales de la Revolución, el marco de libertad que permitió madurar a hombres como Cabrera, Sarabia, Soto y Gama, Palavicini, González Garza, Felipe Ángeles, Vasconcelos, Fabela, Pani, Jara y muchos más. En el largo plazo, fue un comienzo que se parece mucho al fin: la visión práctica de Madero sobre los grandes problemas nacionales y su fe en la democracia son las convicciones de la mayoría de los mexicanos.

A ochenta años del sacrificio de Madero, las fuerzas históricas reales encaminan a México hacia la normalidad democrática. En el proceso de construirla, aquella Presidencia puede iluminarnos. Por un lado, con sus amargas lecciones sobre la responsabilidad de los protagonistas naturales de la democracia —diputados, senadores, periodistas, intelectuales— que ahogaron el fundamento mismo de su vocación: la libertad. Por otro lado, aquellos quince meses representan una suerte de evangelio democrático, como si el espíritu de aquel hombre bueno nos visitara de pronto y nos recordara el origen sagrado de la palabra voto. □



Anónimo, *Coleccionista de mariposas*, daguerrotipo, hacia 1850.